

Y JESÚS ENTRÓ EN JERUSALÉN...

**Ponencia en el XVI Encuentro de Hermandades de la Sagrada
Entrada de Nuestro Padre Jesús en Jerusalén**

**Teatro Darymelia.
Jaén, 21 de enero de 2017**

Y Jesús entró en Jerusalén...

Jesús, Nuestro Señor, entró en Jerusalén..., como nosotros, al igual que nosotros, los que nos confesamos ser sus seguidores, entramos cada día en la ciudad de nosotros mismos.

Jesús ascendió a la Ciudad Santa, lo mismo que nosotros ascendemos a la ciudad encontrada de nuestra existencia.

Jesús entró en Jerusalén... Y no fue por una casualidad. Fue por algo. Fue para decirnos algo. Fue para invitarnos a algo. Jesús entró en Jerusalén para mostrarnos un camino de vida lleno de contrastes que acaba en la muerte para desde la muerte llegar a la vida. Fue un ejemplo, una invitación, un destino.

Jesús entró triunfal en Jerusalén para marcarnos la ciudad concreta, para que no nos perdamos en medio de encrucijadas, para que sepamos muy bien cuál es la ciudad gloriosa a la que hemos de llegar.

Y en ese caminar estamos. Todos partimos de nuestro mar de Galilea particular, alcanzamos la Jericó por la que andamos ciegos y buscamos ver, llegamos a la Betania de los seres queridos, pasamos por la Betfagé de las higueras secas, cruzamos el monte frondoso del Huerto de los Olivos propio y ascendemos a la Jerusalén que marca el fin de un trayecto temporal.

Y hacia esa ciudad nos dirigimos los cristianos. Hacia esa ciudad nos encaminamos desde que nacemos, cada día, cada hora, constantemente. Y lo hacemos desde la fe, siguiendo los pasos de Nuestro Señor Jesucristo. Sabiendo de antemano lo que nos espera, lo que costará, lo que hemos de pasar, así como también lo que lograremos al fin. Porque si Él alcanzó la ciudad y en ella gozó y en ella padeció, sabiendo cargar con la cruz y sabiendo aceptar la crucifixión hasta la muerte, por entrega de amor, para al tercer día alcanzar la Jerusalén definitiva, celeste y eterna, nosotros, sus seguidores de corazón, la alcanzaremos de igual modo por su misericordia infinita. Esa es, al menos, nuestra gran esperanza. Esperanza con la que concluye también esta entrada mía en mí mismo y que os expreso ahora en forma de poesía:

Cada día, Señor,
me asomo al horizonte de mi adentro
y contemplo en la esfera de las horas
la mística ciudad a la que llego,
esperando me adentre,
en su espacio imperfecto,
porque tiene entre luces
umbrías y colores cenicientos.

Y la miro despacio.
Y despacio la observo.
Está llena de rosas y de gozos
pero también de espinas y lamentos.

Está sobre la cima de la vida
y he de subir descalzo hasta su encuentro.

Y comienzo el camino,
me dispongo al ascenso.
Y partiendo del llano
que viste de silencios,
penetro solitario
en la abierta espiral de los senderos.
Y me asfixia la lucha.
Y me cansan los pasos y los pesos
que arrastro en la conciencia.
Y se me encoje el pecho.
Y me duele la herida del costado.

Y me crujen los huesos.
Pero sigo, me exijo
seguir hacia delante todo el tiempo,
cual guerrero de amor
para vencer mi propio desconcierto.
Venga, me digo, vamos.
Pero me canso a veces, y hasta pienso
rendirme en mi desgana. No seguir.
¿Quién me puede ayudar en este empeño?
Entonces subo a lomos de un pollino
que cruza por mi alma, humilde y bueno,
cual si fuera yo un rey
venido de muy lejos.
Y salen a mi paso voces limpias,
hosannas, aleluyas, risas, besos...
Y ya llego a la puerta
de esta ciudad espléndida. Ya entro.
Pero también al lado
aparecen penumbras, farsas, ecos
de personajes tristes, egoístas,
escribas vanidosos, fariseos,
príncipes sacerdotes,
vendedores del templo,
sepulcros blanqueados,
víboras que se arrastran por el suelo
y me persiguen lentas y me acechan
pretendiendo inyectarme su veneno.

Y así un día y otro,
y así constantemente, si remedio,
partiendo de ese mar
que alumbra nuestro cuerpo,
siguiendo el curso arriba
del gran río Jordán de nuestro anhelo,
cruzando Jericó
con su altura de vuelo,
Betania y Betfagé,
atravesando el Huerto
de los Olivos siempre generosos,
cruzando pedregales, nieve, viento,
tormentas, barrizales...,
recibiendo traiciones, desconciertos,
burlas, azotes, lágrimas, ultrajes,
insultos y desprecios,
y llegando cansado,
exhausto, roto, muerto,
a la ciudad que soy,
a la ciudad de dentro.

Y así una vez y otra
en mí mismo ascendiendo,
pero siempre luchando en la esperanza
de que un día, al llegar y entrar adentro,
resulte que esa gris ciudad que soy,
después de agonizar en el madero
clavado con los clavos de la entrega
de darme por entero
y enterrarme en la gruta de la fe,

ya es la gran ciudad con la que sueño:
la infinita y eterna,
la morada del Dios del universo,
la azul Jerusalén
del reino de los cielos.

Señoras y señores, hermanos, amigos... Gracias a todos por la gentileza de escucharme. Gracias a Paco Sierra por su constante entrega en bien de los demás y por su amistad demostrada. Gracias a David Fernández, Hermano Mayor y a la Junta de Gobierno de la Cofradía de la Entrada de Jesús en Jerusalén de Jaén capital por haberme invitado a participar en este Congreso. Y gracias, sobre todas las cosas, a Dios por permitirlo.

Y Jesús entró en Jerusalén... ¿Pero qué pretendemos, desde connotaciones más históricas, decir al expresar esta frase?... ¿Por qué Jesús, aparte de invitarnos a entrar en la ciudad de nuestro propio adentro, quiso entrar triunfal en la Jerusalén de su tiempo? Así, de primeras, parecería, al decirlo, que Jesús sólo pisó una sola vez la ciudad de David. Y no fue así. Ya que Jesús entró en Jerusalén otras muchas veces a lo largo de su vida. Lo sabemos, además de por la lógica, por los evangelios.

Veamos: ya recién nacido fue presentado en el templo conforme a la ley de Moisés. Más tarde, también se nos narra que a la edad de doce años Jesús fue llevado por sus padres a la Ciudad Santa con motivo de la Pascua y que se perdió. Igualmente lo vemos después ir de Cafarnaúm a Jerusalén con motivo también de la Pascua, donde se encuentra con Nicodemo. Al año siguiente, ya en el segundo año de su vida pública, vuelve de nuevo a Jerusalén. Aquí lo vemos ahora curando en la piscina a un hombre que había estado enfermo durante 38 años. Después, lo encontramos en Jerusalén con motivo de la fiesta de Los Tabernáculos, donde entre otras escenas, lo hallamos salvando y perdonando a la mujer adúltera y devolviendo la vista a un ciego en el día del sábado, al tiempo que enseña a sus discípulos el Padrenuestro en algún lugar de las afueras de la gran ciudad, lo más probable en el monte de los olivos. De nuevo lo encontramos en Jerusalén con motivo ahora de la fiesta de la Dedicación donde se nos narran nuevas discusiones con los judíos. Por último, lo vemos predicando por la región de Perea. Estando ahí recibe la llamada de Marta y María haciéndole saber que su hermano Lázaro se hallaba muy enfermo. Jesús llega a Betania, que está tan solo a menos de tres kilómetros de la capital, y encuentra que su amigo ya llevaba cuatro días enterrado. Mas, pese a ello, lo levanta de nuevo a la vida. Y estando aquí, a tan corta distancia de Jerusalén, ¿quién puede negar que Jesús no se adentrara en la ciudad y visitase el templo?, incluso acompañado por Lázaro, quien debió recibir numerosas muestras de felicitación y de asombro ante el milagro de volver a la vida de manos del Nazareno. De ahí que los evangelios nos digan que desde ese momento los judíos comenzaron a pensar que a este profeta había que quitárselo de en medio. Por lo que Jesús se ve obligado a retirarse a la ciudad de Efraín.

Y es desde Efraín, ahora sí, que Jesús va a comenzar la última ruta de su último viaje en este mundo. Ruta que sigue a través de Samaria hasta la frontera con Galilea y su mar, para marchar hasta Perea de nuevo por el itinerario del río Jordán, llegando a Jericó para poco después de nuevo encontrarse en Betania.

Y ya en Betania, una vez en casa de sus amigos, comienza la preparación del último tramo para, ahora sí, y a diferencia de las otras entradas, hacerlo de una manera más pública y triunfal.

¿Pero por qué ahora la entrada ha de ser tan pública y tan triunfal y no como las anteriores, en las que el Señor quiso pasar como más desapercibido?

Pues bien, llegados aquí, nos encontramos con diferentes y variados puntos de vista e interpretaciones. Según vengan de teólogos, estudiosos de la Palabra de Dios, sabios, doctores de la Iglesia, cardenales, obispos, sacerdotes, papas, historiadores, intelectuales... Dejándonos un amplio abanico de visiones interpretativas.

Muchos de ellos opinan que este pasaje evangélico tiene un sentido puramente místico. El mismo papa emérito, Benedicto XVI nos dice en su obra "Jesús de Nazaret" que el recorrido que hace Jesús desde el mar de Galilea a la Ciudad de Sion no es otra cosa que una mística "subida", un ascender desde los 200 metros bajo el nivel del mar en que se encuentra el lago de Tiberíades a los 760 metros sobre el nivel del mar en que se halla Jerusalén. Algo así como la experiencia que ya nos dejara también expresada el carmelita descalzo, santo y poeta, San Juan de la Cruz, en su obra "Subida al monte Carmelo".

Pero aparte del Papa, son también muchos los estudiosos de la Biblia que se unen a esta mística de la entrada del Señor en Jerusalén. Por lo que todo lo que ocurre en el trayecto se relaciona desde esta perspectiva. Así, según este punto de vista, todo es modestia, sencillez, paz, inocencia, pureza, bondad... Donde hasta el burro se nos presenta como símbolo de máxima humildad.

También hay quienes nos hablan acerca de que esta entrada tiene connotaciones puramente políticas, afirmando que aquello no fue otra cosa que una manifestación promovida ante la idea de que llegaba un rey poderoso, montado en un asno. Porque aquí, para ellos, en aquel tiempo, amigos, el asno no era un animal para pobres, sino que en Palestina, y desde los tiempos de Balaán, era una cabalgadura de personajes notables, y más cuando nadie lo había montado, lo que le daba un mayor sentido de derecho real. De ahí también que veamos a este animal llevando en él a las novias el día de su boda así como siéndole ofrecido a aquella persona a la que se le quería festejar u honrar. Connotaciones políticas que se afianzan aún más cuando el pueblo gritaba ¡*Hosanna!*, a modo de expresión liberadora, ya que originalmente “Hosanna” era una súplica, como quien grita “¡Ayúdanos! Y por lo tanto a modo de desear verse arrancados de las cadenas del pueblo extranjero que los oprimía, por lo que Jesús no es otra cosa que un líder que venía a librarlos de la tiranía de Roma. Y así lo creyeron incluso algunos de sus discípulos. Y si no recuerden aquel pasaje que nos relata San Mateo acerca de la madre de los Zebedeo que pide al Señor que sus hijos ocupen un lugar de privilegio cuando instaure su reino.

Igual hay también quienes sólo ven en este acontecimiento intención social. Social porque muchas personas que lanzaban vítores sólo buscaban un benefactor que tuviera poder para darles de comer cuando tuvieran hambre, como había hecho con anterioridad multiplicando los panes y los peces, y curarlos milagrosamente cuando estuviesen enfermos, como también había hecho en no pocas ocasiones.

Y, cómo no, del mismo modo tenemos a los que lo resumen todo dentro de un círculo puramente religioso. Religioso en cuanto muchos lo veían como el Salvador bajado del cielo que llegaba para traer el reino de Dios a la tierra. De ahí que lleguen en su recorrido triunfal a hacer mayor hincapié en la llegada al templo para purificarlo, expulsando de allí sin contemplaciones a los mercaderes y cambistas.

No obstante, la mayoría encuentra en este pasaje, como además lo aclaran y lo confirman los mismos evangelistas Mateo y Juan, un sentido de cumplimiento. Jesús quiere que en Él se cumpla al pie de la letra la profecía de Zacarías, expresada 500 años antes, que decía: “*Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna*”, lo que venía a demostrar que Él era el Mesías esperado. De ahí que mande buscar a un pollino sobre el que montar y de ahí que se deje vitorear y aplaudir, hasta el extremo de hacerles saber a los fariseos, según nos relata San Lucas, que si los discípulos callaran hablarían las piedras.

Llegados aquí, podríamos exponer una gran conclusión: que todas las interpretaciones expuestas referentes a la Entrada Triunfal de Jesús en Jerusalén son verdaderas, y que todas esas verdades se complementan dando una visión global de que Jesús entra en Jerusalén triunfante porque es un Místico, un Rey, un Benefactor, un Salvador, el Mesías esperado.

Pero hay más, mucho más. Todo pasaje evangélico está además lleno de implicaciones, de mensajes, de sentido, de vida, de salvación, de ejemplo, de revelación inagotable. Y mucho más este de la Entrada de Jesús en Jerusalén, en cuanto, al contrario que otros muchos capítulos evangélicos, y fíjense que importante debe ser, lo narran los cuatro evangelistas.

Por lo tanto, yo, más que ver en este pasaje una intencionalidad mística, política, social, religiosa o de puro cumplimiento, o de todo ello a la vez, que lo tiene, lo que veo, sobre todo, como ya dije al comienzo de esta exposición, es a un Jesús de Nazaret que me dice que su vida es mi vida. Que aprenda la lección. Que me aclara que todo he de verlo desde una perspectiva global, que no me puedo quedar en la Entrada en Jerusalén sin mirar hacia lo que vino una vez entrado en ella, porque no tendría sentido. Que me dice que Jesús entra triunfante en la Ciudad de los Profetas y de forma llamativa para que entendamos que ello es el resumen de lo que es la vida misma. Es decir, entramos con la entrada en el ciclo constante que lleva del triunfo a la muerte y de la muerte al triunfo. Ciclo que empieza con el nacimiento, con la existencia, con sus grandezas, sus luchas, sus soles, sus brillos..., para pasar por las sombras a la muerte, y de la muerte de nuevo a la vida. Que me dice, por consiguiente, que hay que saber vivir el triunfo, lo gozoso, el deleite, lo exitoso..., pero que todo no se queda ahí, que después hemos de vivir también un más allá donde de igual forma hay que saber cargar con la cruz. Por eso los cristianos no nos podemos quedar sólo en la entrada externa de la Ciudad Santa, quedarnos en la alegría,

los vítores, los triunfos momentáneos, las horas de vino y rosas, sino que hay que ir más allá, y saber que vendrán también los egoísmos, la desconfianza, las traiciones, las negaciones, los juicios injustos, las tristes despedidas, el dolor, los golpes, las burlas, los desprecios, las ofensas, los fracasos, la pasión, las espinas, los clavos, la cruz... y con la cruz... la muerte. Y que si sabemos aceptarlo así, vivir lo bueno y vivir lo malo, sin apartarnos de la voluntad del Padre, alcanzaremos el mayor de los éxitos, el mayor de los triunfos: la vida eterna.

Y en medio de todo esto, el pueblo. La otra gran lección. El otro gran espejo. Porque los exégetas bien que así nos lo dicen. Mirando los textos evangélicos somos jueces y parte. Es decir, analizando la Entrada de Jesús en Jerusalén, somos Cristo y somos también pueblo. Somos Cristo que entra pero somos también pueblo que lo recibe aclamándolo. Somos Cristo que se enfrenta al poder y somos pueblo inconstante, vulnerable, manipulable. Pueblo responsable, culpable. Somos pueblo capaz de cambiar en horas de bando. Pueblo que aclama a Jesús, lo vitorea al llegar, para, pocos días después, venderse y venderlo. Pueblo que no es pasado, sino que sigue siendo presente. Pueblo del que formamos parte. Pueblo que se vendió y se sigue vendiendo. Pueblo que pasó y pasa del amor, de la admiración y el seguimiento, al odio, al desprecio, a la persecución. De quererlo su salvador, a quererlo lejos, apartado, muerto. Pueblo que por desgracia no ha cambiado. Todo lo contrario, ahora nos vendemos más y con mayor frecuencia. Y nos vendemos tanto que incluso nos vendemos por insignificancias: porque no digan, por política, por no buscarme problemas, por unas monedas, un cargo, una medalla, por comodidad, por complejos, por cobardía, por miedo..., para que no me tachen de anticuado, ni beato, ni santurrón, ni carca, ni facha, ni reaccionario, ni retrógrado...

Es por esto que un día, meditando acerca de esta realidad, escribiera un poema con la intención de afianzarme en la fe e intentar no venderme, no estar en venta, porque en el fondo, quien se vende, poco gana. Quien se vende, sencillamente, vale menos. El poema dice así:

NO ESTOY EN VENTA

No valgo mucho.
Es más, no valgo nada. Soy apenas
un sueño clandestino que se ovilla
en un punto cualquiera
de este espacio de barro al infinito
sin más tiempo que el tiempo que se acerca
para herirme en la herida del olvido.
Pero mire, señor, no estoy en venta.

No valgo mucho.
No valgo nada, ¿ve?, soy coincidencia;
mire qué tengo:
unas manos que tiemblan,
una boca que muerde las palabras,
unos ojos cegados de tristeza,
una sonrisa amarga,
un corazón sin luz de primavera,
una muerte rondando los perfiles...
Pero mire, señor, no estoy en venta.

No valgo mucho.
Lo sé, no valgo nada. Soy la espera
de un horizonte eterno de reposo.
Soy la locura inmensa
de ser algo, volar sobre la playa
de un mar con luna llena;
soy el ansia de ser un hombre hombre,
de marcar los caminos con mi huella,
de tocar con mi alma los violines
que penden de la puerta
que da paso a la gloria.
Pero mire, señor, no estoy en venta.

No valgo mucho.
Mejor, no valgo nada, ¡ve qué pena!,
pero mire, señor, aunque no valga,
aunque me queme un sol de indiferencias,
se olviden de mi nombre,
se rían de mis sueños de poeta,
me critiquen la rima y la estructura
que voy dando al poema
de la vida, aunque ahoguen mis silencios...,
no estoy en venta.

No me vendo, señor,
aunque me ofrezcan lunas como estrellas,
me den el universo hecho diamante,
me regalen los mares de la tierra,
me coronen con ramas de laurel...
No me vendo, señor, no habrá monedas
para comprar al hombre que hay en mí,
para cortar las alas que me vuelan,
para tapar mi voz de libertad,
para tronchar mi flor de independencia...

No me vendo, señor.
Soy como soy, me acepto esta manera
de ser y estar adentro de mí mismo,
pleno, total y entero en la conciencia.

Ya sé, señor, lo sé: no valgo mucho;
perdón, no valgo nada ni siquiera...
Pero menos valdría,
señor, si me vendiera.

Los cristianos no podemos vendernos. Los cristianos hemos de ser claros y valientes y, sobre todo, consecuentes. Los cristianos no podemos ser hipócritas ni falsos, por lo que no podemos andar acompañando a nuestros Cristos y Vírgenes en las procesiones de Semana Santa y demás manifestaciones procesionales, y luego aparecer como indiferentes a Dios, cuando no contrarios, el resto del año.

Hay que entrar en Jerusalén. Entramos en Jerusalén triunfantes muchos veces a lo largo de nuestra vida, somos entonces alabados, vitoreados, aclamados, premiados, nombrados, considerados..., incluso a nuestros pies ponen alfombras y mantos, y nos coronan con ramas de laurel, y nos regalan palmas y bravos... Y si todo esto lo llevamos con gozo y con orgullo, también, según nos viene a decir el Evangelio, hay que estar preparados para saber llevar después con igual entereza y convicción la pasión, la crucifixión y la muerte. Porque sabed, no puede haber verdadera entrada triunfal en Jerusalén si no hay después verdadera cruz. Irremediablemente, una cosa lleva a la otra.

El cristiano tiene que tener, por lo tanto, en cuenta, que ha de entrar en la Jerusalén de la vida cada mañana, y saber que a lo largo de las horas va a tener junto a momentos dulces y buenos, momentos también malos y de tristeza, de esfuerzo, de lucha, de dolor, de sufrimiento, de pena... Claros y oscuros, por lo tanto, en nuestro caminar constante, como si la vida misma, al fin y al cabo, no fuera otra cosa que entrar por las puertas de una gran ciudad en la que nos esperan luces y sombras hasta salir por la puerta del otro lado a una nueva dimensión infinita y alegre ya por toda la eternidad.

No debemos, por lo tanto, los cristianos tener miedo de confesar que lo somos. Ya sabemos que el hecho de darlo a conocer nos trae problemas, etiquetas, insultos, desprecios, indiferencias y hasta persecuciones más o menos sibilinas, cuando no directas, explícitas y a las claras... Pero ese es nuestro mérito, esa es nuestra

satisfacción, esa es la prueba de que vamos en el buen camino, porque como nos dejó dicho el Señor: “Si me persiguieron a mí también os perseguirán a vosotros”.

No nos importe, amigos que seguimos a Jesús en su Triunfal Entrada en Jerusalén, decir que somos seguidores suyos, que somos uno de los que van gritando “¡Hosanna!”, “¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”, “¡Aleluya!... No nos importe confesar además que aparte de seguirlo también lo amamos. No nos importe, en definitiva, confesarlo, porque, conforme nos dejó dicho, quien lo confesará a Él delante de los hombres, Él lo confesará delante de su Padre que está en los cielos.

Que sepáis lo que soy y cuanto quiero,
no me importa.
¿Por qué voy a esconderme?
¿Por qué voy a ocultarme entre la escoria
de una máscara de grises
amorfos en los fondos y en las formas
donde engañarme y engañaros
y dejar de conocerme en la memoria?

Soy un hombre de política
sonora.
Estoy a la derecha del abrazo
y a la izquierda de una paz sin sombras.
Estoy justo al centro del Amor,
exactamente en el cáliz de la rosa.

Que sepáis que amo a Dios
no me importa.
Ya sé que no se estila,
que no se lleva en la solapa de las cosas,
que el presente sin Dios es más presente,
más bolsillo para monedas rotas.

Ponedme las etiquetas que queráis.
No me importa.
¿Qué me diréis?
¿Conservador? ¿Burgués? ¿Idiota?
¿Anticuado? ¿Retrógrado? ¿Carca?
¿Viejo? ¿Beato? ¿Hipócrita...?
¿Qué me diréis? ¿Pobre imbécil?
No me importa.
Nací desnudo como desnuda piedra.
A la vida vine sin ninguna ropa,
nada quiero para la vuelta
salvo ser yo mismo, ¡que me conozca!;
nada quiero tampoco en el camino...
¿Que no me pondréis una corona?
¿Que no me premiaréis con títulos y honores?
¿Que no me invitaréis a vuestras ceremonias?
¿Que no leeréis mis poemas por principios?
No me importa.
Os vuelvo a repetir que creo en Dios
—aunque a Dios lo hayan vestido de mil formas,
tantas, que apenas puede verse
entre el marchito otoño de las hojas—.

Os vuelvo a repetir que creo en Dios.
Que me quema su esencia por mi boca
y se me clavan en el fondo de mi alma

sus luces y su aroma.

Que sepáis lo que soy y cuanto quiero,
no me importa.
Que sepáis que amo a Dios,
no me importa.
Que me clavéis etiquetas como espadas,
no me importa...

Os acepto, con amor, amigos,
cuanto de mí penséis y digáis;
lo demás no me importa,
porque lo único que me importa
es que vosotros me importáis.

Y esto sí que es hermoso, que nos importen los demás. Porque si no nos importan los demás, nuestra fe es falsa, porque como decía San Juan en su primera carta, si no amo a mi hermano a quien veo, cómo voy a amar a Dios a quien no veo. De ahí que esta importancia de amar a los demás y en ellos a Dios, haya hecho a lo largo de los siglos que se constituyan numerosas cofradías y hermandades... bajo distintas advocaciones... Y entre ellas, la vuestra, la que suele llamarse popularmente: “La Mulica”, “La Borriquilla”, “La borriquita”, “El Santo Borriquillo”, “La de los Niños”..., cofradías en definitiva bajo el nombre oficial y solemne de “La Entrada Triunfal de Jesús en Jerusalén”. Cofradías que bajo este sentimiento dicen mucho y expresan mucho. Y expresan que son festivas pero al mismo tiempo pasionales. Todas suelen realizar su desfile penitencial el Domingo de Ramos, todas bajo ramos de palmas y de olivos, todas con alegría porque llega el Señor, todas con júbilo, con vítores, con tracas y fuegos artificiales..., pero todas también con un fondo profundo de tristeza, de penitencia, de sacrificio, de pena, de angustia, de meditación, de oración... Donde vemos escenas llenas de sentimiento, de emoción incontenida, de inocencia y candor, de predicación, de amistad, de fraternidad, de abrazos unidos por las lágrimas, de promesas cumplidas, de milagros recibidos que quedan ocultos en lo más íntimo del ser, de ruegos y súplicas, de recuerdos imborrables, de añoranzas perpetuas, de herencia compartida, de tradición sublime, de sudor incontenible por el esfuerzo de los costaleros, de grandeza anónima bajo las túnicas y los “caperuces” que visten los hermanos, de asombroso coraje en la elegancia de las hermanas ataviadas con mantilla... Cofradías las vuestras de gloria y de pasión. De gloria y de pasión, porque todas ellas son conscientes de que ese Cristo que anda montado alegre en un pollino, horas después va a ser destrozado en todos los sentidos, cargado con la cruz, crucificado y muerto por nosotros, por nuestra salvación.

Permitidme entonces, que os dedique a todas las Hermandades referidas a la Entrada de Jesús en Jerusalén un poema en el que expreso este sentimiento alegre y penitencial de ver que Jesús entra en la ciudad Santa de Jerusalén. Y dice así:

ENTRADA DE JESÚS EN JERUSALÉN

Es Domingo de Ramos
y anda el Señor montado en un pollino
por las calles abiertas de la vida.
Anda el Señor, tan noble y tan sencillo,
saludando a las gentes cual si fuera
un caudillo triunfal que es recibido
tras una gran victoria.
Cual si fuera el Mesías prometido,
el verbo ya hecho carne,
la palabra, perfecto sustantivo,
ascua de amor quemando
el corazón helado y consumido
de ser todos tan pobres pecadores,
de no ser como niños.

Cual si fuera la vida que no acaba,
la verdad y el camino,
el Salvador soñado,
el Hijo del Altísimo,
el gran Libertador,
el Redentor, Dios mismo.

Ya se acerca el Señor...
Ya viene bendiciendo y bendecido.
Atrás dejó ya el mar de Galilea,
el Jordán que nos hizo
de luz y de esperanza,
Jericó con el brillo
de ver cómo los ciegos
ven por la fe profunda y con sentido.
Atrás dejó Betania, con la gloria
del sepulcro de Lázaro vacío.
Y también Betfagé,
la que supo criar el borriquillo
en el que va montado,
con su higuera ya seca entre los riscos,
pero toda su tierra esperanzada,
llena de flores blancas y de trigos.

Ya cruza por el monte
del huerto que será noche y testigo.
Ya baja por la senda de los sueños.
Ya sube hasta la puerta de lo místico.
Ya traspasa el umbral del universo.
Ya llega al infinito.
Ya estalla en una luz que todo alumbra.

Y lo aclamamos todos al unísono,
y levantamos palmas,
y agitamos al sol ramas de olivo,
y lanzamos al paso mantos nuevos,
y oraciones y gritos,
hosannas y aleluyas...
¡Jesús, sé bienvenido
a esta ciudad que somos
a nuestro adentro herido!

Y mira Dios el gozo que expresamos,
y acepta este querer de ser querido...
Y nos deja sentir en la conciencia
un lucero de paz eterno y vivo,
un abrazo muy fuerte, de esos plenos,
de esos que da el amigo a sus amigos.

Ya entra Jesús total y por entero,
inmortal, pleno, exacto..., eucarístico,
en la ciudad del alma,
en ese espacio dentro de uno mismo.
Y ahí que se nos queda,
por siempre y para siempre, derretido
en su entrega de amor, majestuoso,
eternamente vivo.

¡¡Gloria! ¡Hosanna! ¡Aleluya!
¡Hosanna en las alturas! ¡Sea bendito
el que viene en el nombre del Señor!
¡Hosanna por los siglos de los siglos!
¡Hosanna! ¡Hosanna al Hijo de David!
¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Hosanna al Rey Divino!

Y para finalizar, y porque no podemos olvidar a la que nunca se vendió, a la que siempre estuvo al lado del Señor, a la que lo siguió desde antes de nacer hasta después de resucitar, por y para siempre, la que lo llevó en su vientre y lo amamantó con sus pechos inmaculados, la que lo cuidó y lo vio crecer, la que intercedió en las bodas de Caná, la que es Madre de Dios y Madre nuestra, la Virgen María Santísima, y en honor a la Cofradía que ha organizado este Congreso de Cofradías de la Sagrada Entrada de Jesús en Jerusalén, voy a dedicarle, en nombre de todos, un sencillísimo poema a su Virgen Titular, en este caso bajo la advocación de María Santísima de la Paz, y en ella a todas las advocaciones marianas de las distintas cofradías y hermandades que aquí estáis representadas, pues al fin y al cabo, como todos sabemos, Virgen sólo hay una.

A LA VIRGEN DE LA PAZ

Esta Virgen de ojos verdes
me pierde en su amor de amores nuevos.
No hay más que ver su risa blanca
para saber que el cielo
ha bajado a la tierra y se ha quedado
en esta forma de mujer, por cuyo pecho
fue amamantado este Dios que se hizo niño,
montoncito de estrellas, flor de almendro,
agua que sacia... Y en cuyos brazos
de madre coronada de versos,
se ha dormido en las tardes del verano
y en las frías noches del invierno,
soñando siempre con la paz de vernos juntos,
de amarnos como hermanos todo el tiempo.

Por ello, tú eres Paz,
mujer de claridad y de silencios,
de mirada de luna siempre llena.
Y Paz andas pidiendo
cuando pasas, callada, silenciosa,
rosa de abril, sagrario y templo,
por estas calles nobles de Jaén,
por estas calles largas de muy dentro,
que, de rodillas, Madre, desde el alma,
de todo corazón, te andan diciendo:
Virgen María de la Paz, Sueño de Dios,
Señora y Reina, te queremos.

Y Jesús entró en Jerusalén... Es decir, Jesús entra en el alma de todos nosotros, de todos los cofrades que lo seguimos todo el año y en especial el Domingo de Ramos... Ojalá no salga nunca de la ciudad de nuestras vidas y sepamos gozar y alegrarnos con Él y también sufrir con Él, para que así, cuando llegue el fin de todo, con Él también resucitemos para con Él y en Él entrar ya sin sombras, ni cruz, ni escribas, ni fariseos..., por siempre, en la grandiosa y santa ciudad del reino de los cielos.

Que así sea y que Dios os bendiga a todos. Que sigáis teniendo un buen encuentro, un buen congreso. Gracias.